

MEGALÓPOLIS EN AMÉRICA LATINA

JAIRO LIBREROS*

Cuando la violencia se apoderaba de las urbes latinoamericanas, la tecnología al servicio de la seguridad y los derechos humanos surge como un gran aliado.

Somos seis mil millones de seres humanos en la tierra. Por lo menos el cincuenta por ciento de nosotros, vivimos en espacios urbanos. En miles de pequeñas, medianas y grandes ciudades que le dan la vuelta al mundo. Pero desde 1950, la tendencia habitacional de la población se inclina hacia la vida en localidades gigantes, en megalópolis o inmensos núcleos urbanos que brindan mayor acceso a la salud, a la educación, al empleo y a los servicios públicos domiciliarios¹.

Las megalópolis son ciudades habitadas por más de diez millones de personas. En ellas se acumula un poder político, social y financiero sin igual. Son un importante motor de crecimiento económico y centro fundamental de la toma de deci-

siones gubernamentales. Su vida comercial, cosmopolita y multicultural atrae la atención de numerosos turistas, empresarios y profesionales extranjeros, dispuestos a invertir su capital. Son las ciudades del presente y el futuro urbano de la civilización.

Dieciséis ciudades del mundo comparten esa denominación². Tokio (26.4), lleva la delantera. Karachi y Manila (10.0), estrenan título. Bombay (16.1) crece a pasos agigantados. París (9.6), El Cairo (9.5) y Estambul (9.0), se aproximan al umbral. En nuestro continente tenemos seis: dos en el norte, New York (16.7) y Los Ángeles (13.2); y cuatro en América Latina: Ciudad de México (18.1), Sao Paulo (18), Buenos Aires (12) y Río de Janeiro (10.7).

Infortunadamente las urbes latinoamericanas padecen problemas enormes. Para quienes aspiran a elevar su calidad de vida en estos lugares, la sobrepoblación urbana puede llegar a convertirse en un

* Analista político y profesor de seguridad y defensa nacional de la Universidad Externado de Colombia.

1. Borja, J. y Castells, M. (1997). *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid, Taurus; y www.discoverychannel.com.

2. Zwingle, E. Ciudades, en *National Geographic -En Español-*, núm. 5, noviembre de 2002, Bogotá D.C.

espejismo. Nuestras ciudades gigantes se debaten entre bloqueos vehiculares, contaminación ambiental, hacinamiento, precarias condiciones sanitarias, discriminación social y alteraciones del orden público.

Sin embargo, el principal problema es la violencia. Todos los días, los vecinos urbanos corren el riesgo de convertirse en víctimas del homicidio, secuestro, hurto, ataques callejeros y de las violaciones a los derechos humanos. Pero este fenómeno no sólo afecta la vida e integridad personal en las megalópolis. Aquellos delitos también perturban la tranquilidad del 75% de los latinoamericanos que vivimos en las cuarenta ciudades que tienen más de un millón de habitantes.

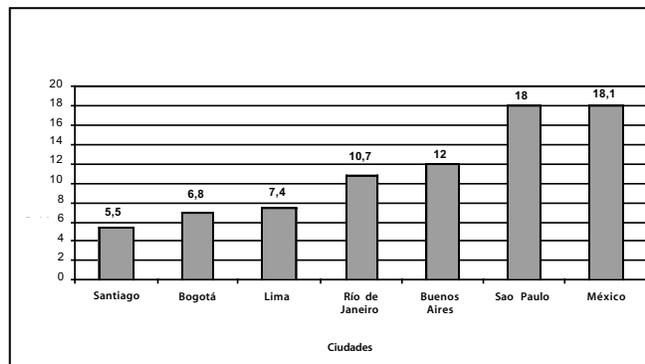
¿Cuál es la situación del miedo en las urbes de América Latina? Inquietante, en

el mejor de los casos. ¿Cómo enfrentar la violencia? La región ha formulado todo tipo de políticas públicas. Desde las autoritarias, cuyo resultado sólo aparece en el libro de las violaciones a los derechos humanos y en rimbombantes propagandas; hasta las democráticas, respetuosas de las libertades públicas. Pero necesitamos avanzar, sin crisis humanitaria. Quizá la respuesta la hallemos en la seguridad tecnológica.

1. VIOLENCIA URBANA

En América Latina el crecimiento de la población urbana es directamente proporcional al aumento de la violencia⁴. Después de la Segunda Guerra Mundial, se desató el proceso de urbanización en la

Gráfico 1
Millones de habitantes en las principales ciudades de América Latina



Diseño Jairo Libreros³

3. Zwingler, Op. cit.

4. Rotker, S. (2000). *Ciudadanas del miedo*, Caracas, Nueva Sociedad.

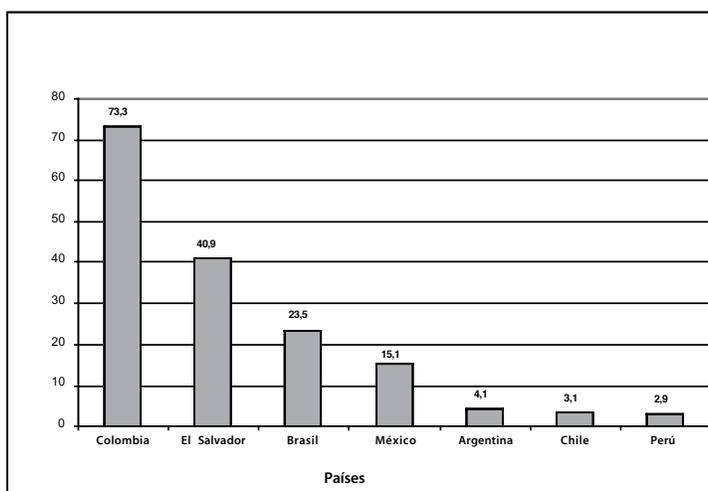
región, por cuenta de la inmigración de los europeos que huían de las miserias del conflicto y, sobre todo, por el traslado vertiginoso de los habitantes del campo hacia las ciudades. Pero estas localidades no estaban preparadas para recibir a los nuevos vecinos.

Las ciudades comenzaron a crecer sin planificación urbanística. Los nuevos asentamientos humanos se hacinaron sin las condiciones sanitarias mínimas para la subsistencia. Como no había lugar para tanta gente, los alrededores de las ciudades se convirtieron en dormitorios improvisados, después en cordones de miseria;

y los espacios públicos terminaron como lugar de desencuentro ciudadano, donde la ilusión de forjar una nueva vida se desvaneció con la realidad del desempleo⁵.

Con el paso del tiempo aparece la geografía del crimen. La percepción de seguridad se deterioró por la incapacidad gubernamental para recuperar el espacio público, pero sobre todo con el aumento de la delincuencia y las prácticas represivas de la policía. Para el 2000, las estadísticas anunciaban quince muertes al año por cada cien mil habitantes para toda América Latina. Cada año, en la región mueren ciento cuarenta mil personas de

Gráfico 2
Tasa de homicidios -por 100,000 habitantes-
América Latina (2000)



Diseño Jairo Libreros⁶

5. Carrión, F. (1997). *En busca de la ciudad perdida*, Quito, Codel.

6. Rotker. Op. cit.

modo violento, y cada veinticuatro minutos hay ataques callejeros⁷.

Sin embargo, la historia de la violencia en nuestras urbes, puede ser contada de otra forma. Para la muestra dos ejemplos, que pudieron ocurrir en cualquier ciudad de América Latina, megalópolis o no.

1.1. El crimen de Avellaneda

Corría el 26 de junio de 2002, en la megalópolis de Buenos Aires.

La policía mató a Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, dos militantes piqueteros, que son los grupos de desempleados argentinos dispuestos a luchar por sus derechos mediante la protesta social y el corte o bloqueo de rutas. El cura Alberto Apagnuolo dice que los piqueteros son una colectividad política con un derrotero ideológico: “*El poder no se toma, sino que se construye, la idea de una pequeña comunidad que vive inmersa en unos valores diferentes a los del resto de la sociedad, que lucha contra la manera de pensar egoísta, individualista, del capitalismo*”⁸.

Los piqueteros estaban listos para un nuevo corte de ruta. Exigían el pago de un subsidio social creado para los desocupados de la crisis económica de diciembre de 2001, que a la postre provocó la renuncia del presidente Fernando De la Rúa. Pero la policía bonaerense los esperaba. Era lógico que el cuerpo armado se alistara

para mantener el orden público. Lo que nadie se llegó a imaginar fue el desenlace fatal: dos muertos y veintiséis heridos, por arma de fuego. Todos eran piqueteros.

La protesta avanzaba sin inconvenientes. Los manifestantes aprovecharon la ocasión para expresar el rechazo que sentían por la clase política tradicional, y pedían un cambio de inquilino en la Casa Rosada, porque no se identificaban con Eduardo Duhalde. Por su parte, la policía observaba a lo lejos como crecía el ánimo de los desocupados. De un momento a otro, las partes comenzaron a enfrentarse. De un lado se lanzaban piedras, los otros respondían con gases lacrimógenos y balas de goma.

La gresca se desbordó. La represión policial produjo las primeras víctimas. Alguien había dado la orden a los uniformados de remplazar la salva por balas de plomo. Mientras que unos desempleados eran arrestados, los que seguían en pie de lucha atacaron con sus propias manos a los policías, quienes a su vez reaccionaron con más disparos y en completo desorden por la ausencia de un sistema de comunicaciones que los guiara.

La policía empezó la persecución de los heridos que huían del lugar. Uno de ellos era Maximiliano Kosteki, piquetero que recibió un disparo en el pecho. Sangraba copiosamente. Ya en los brazos de uno de sus compañeros, lograron entrar a la es-

7. www.lanic.utexas.edu/project/violence/: *Rising violence and the criminal justice response in Latin America*.

8. Riera, D. Piqueteros, en *Gatopardo*, núm. 31, diciembre de 2002, Bogotá D.C.

tación ferroviaria Avellaneda. En ese lugar recibió el auxilio de otros desocupados escabullidos de la misma protesta, quienes intentaban por todos los medios posibles detener la hemorragia y salvarle la vida.

Darío Santillán, otro piquetero, permanecía a su lado. Cuando la policía irrumpió en la estación le dijo a los demás acompañantes que continuaran la fuga, que él solo se encargaría de proteger a Kosteki. Pero los uniformados entraron a sangre y fuego. Santillán no alcanzó a recobrar y recibió una descarga mortal. El tiro salió del arma de dotación del comisario Alfredo Fanchiotti, responsable de la represión policial y quién dio la orden de disparar con proyectiles de plomo en contra de la manifestación.

Pero el comisario no llegó solo a la estación de Avellaneda. A su lado venía un oficial de apellido Quevedo, quien cerró la jornada con más violencia. Sin pensarlo dos veces, el oficial tomó el cuerpo indefenso del piquetero Kosteki, y lo levantó de las piernas para que se desangrara rápidamente.

Pocos minutos después, llegó la prensa a cubrir el evento. Los dos policías posaron ante las cámaras, convencidos que esas serían las únicas imágenes que Argentina conocería sobre lo ocurrido. Afortunadamente, una videograbadora registró el crimen de Avellaneda. Las imágenes le dieron la vuelta al mundo. Fanchiotti y Quevedo están tras las rejas.

1.2. La masacre de los Narezo

Corría el 15 de noviembre de 2002 en la megalópolis de Ciudad de México.

Orlando Magaña y un tal Jorge Esteban –sin apellido–, protagonizaron uno de los capítulos más estremecedores en los últimos años en el país productor de las grandes telenovelas en América Latina. La masacre de toda una familia, siete en total: Ricardo, el papá; Diana, la madre; Andrea, Diana y Richard, los hijos; y las dos mujeres que trabajaban en los asuntos domésticos de los Narezo Loyola. Pero sobrevivió un testigo, un amigo de la casa, Juan Pablo Quintana⁹.

Los dos criminales y la familia se conocían entre sí. Magaña era vecino de los Narezo y Jorge Esteban, su empleado. Durante años, victimarios y víctimas estaban acostumbrados a cruzarse todos los días. Magaña, hijo de policía, quien no se dedicaba a nada diferente que aspirar cocaína, miraba con envidia, desde el andén de su casa, sobre todo a Richard a quien le vendió un carro que resultó reportado como hurtado en el registro de automotores de la policía. A pesar de la denuncia, la fuerza pública no reaccionó.

Similar sentimiento de envidia les profesaba Jorge Esteban, el chofer de Ricardo Narezo. El indiscreto empleado sabía que su jefe iba a llevar a casa una importante suma de dinero para adquirir un vehículo. Esa mañana, cuando Maga-

9. Mejía, F. “La masacre de la familia Narezo”, en *Gatopardo*, núm. 34, marzo de 2003, Bogotá D.C.

ña conoció las intenciones de su vecino, vio en esa situación la oportunidad de alzarse con unos pesos fáciles, y partir de la ciudad en busca de nuevos rumbos. Convenció a Jorge Esteban de asaltar a la familia, repartirse el botín y emprender el escape, cada uno por su lado.

A las cinco de la tarde, los criminales allanaron la morada de sus víctimas. Pistola en mano, los inmovilizaron, después los amordazaron y luego procedieron a tomar los objetos de valor y las tarjetas de crédito. Pero en ese momento se percataron de dos novedades. Diana, la hija, estaba fuera de casa. Y Juan Pablo Quintana, un amigo de los Narezo, estaba en el lugar equivocado. ¿Qué hacer? Simplemente traer a la menor de la familia a casa, y mantener en ella al amigo.

Magaña salió de la vivienda en compañía de Richard para justificar el encuentro con Diana. En cambio, Jorge Esteban se quedó en la escena del crimen. Las víctimas quisieron aprovechar esta situación dirigiéndose a los captores para que los liberaran. Pero las solicitudes fueron infructuosas. No lograron convencerlos. Por el contrario, todos quedaron más nerviosos. Reunidos de nuevo, los asaltantes y las ocho víctimas, aquellos le exigieron a Ricardo la entrega del dinero destinado a la compra del carro.

Nazero se negó. Los insultó y en el acto perdió la vida. Magaña le cortó la

garganta. Después, el criminal aplicó la misma fórmula con Diana y sus tres hijos. A las dos empleadas y a Quintana, les propinaron un tiro en la cabeza. Ellas murieron, él quedó mal herido. Los delincuentes desaparecieron del lugar. Magaña en un coche, el que figuraba como hurtado y que nunca fue localizado por la policía, ni siquiera cuando sobrevino el arresto. De Jorge Esteban, no se sabe nada.

Las conjeturas que los mexicanos manejan sobre esta masacre van desde un simple ajuste de cuentas por parte del crimen organizado hasta posibles vínculos con traficantes de drogas, de nacionalidad colombiana. Pero el trasfondo del debate es otro, y ellos lo saben. Nadie quiere aceptar que su vecino, o un empleado, los pueda matar por unos cuantos pesos, y mucho menos que los policías sean los últimos miembros de la sociedad en percatarse y actuar.

2. SEGURIDAD TECNOLÓGICA

En las megalópolis de América Latina, los ciudadanos se juegan su vida todos los días. En los espacios públicos o en la intimidad de su hogar. Las cifras que manejan las autoridades locales son dicientes¹⁰. En 2002, el gobierno de Río de Janeiro reportó cerca de dos mil homicidios, mil seiscientos atracos callejeros, cinco mil asaltos a establecimientos de comercio y el hurto de no menos de veinte mil vehículos.

10. Ver en Discovery Channel –televisión por cable–, los documentales *Tecnometrópolis*, *Seguridad extrema* y *Equipos a toda prueba*, julio y agosto de 2003.

En el mismo año, el gobierno de Sao Paulo registró veinte mil atracos, doce mil asaltos a oficinas bancarias, trescientos secuestros y el robo de nueve mil vehículos. Y en Ciudad de México y en Buenos Aires, se impone el secuestro *express*, práctica delictiva que no distingue clase social. Los delincuentes retienen a las víctimas, quienes deben pagar inmediatamente por su rescate todo el dinero que les entregue el servidor de un cajero automático.

El problema de la violencia en las urbes latinoamericanas no se agota en las favelas de Río de Janeiro y Sao Paulo, en las colonias paracaidistas de Ciudad de México o en las villas miseria de Buenos Aires, lugares marginados de la vida moderna, adonde los servicios públicos domiciliarios y la fuerza pública no llegan. Sus habitantes son estigmatizados injustamente, aún cuando algunos vecinos hayan convertido esos sitios en residencia para ocultarse de la justicia.

Los criminales de las megalópolis han diversificado su portafolio de servicios. Cada día son más efectivos, impredecibles y violentos. La impunidad de sus conductas, es la nota característica. Pero los gobiernos ya tomaron cartas en el asunto con base en la tecnología, al servicio de la seguridad y los derechos humanos. Guardaespaldas robotizados, chalecos y vehículos blindados, satélites y cámaras interconectadas a computadoras, microchips y trans-

misores biológicos están a la orden del día¹¹.

En 1995, un buen año de partida. Juan Pablo II, el papa viajero, visitó América Latina. Después del atentado que sufrió el 13 de mayo de 1981 en la Plaza de San Pedro, los responsables del cuerpo de seguridad del Vaticano exigían demasiadas medidas de protección para autorizar un recorrido del Papa. La visita estuvo a punto de ser cancelada, por las difíciles condiciones de seguridad que padecía el continente. Pero llegó una propuesta de una empresa privada de Caracas: Diseñar un papamóvil.

La idea era sencilla. Consistía en modificar un vehículo de alta potencia mediante el montaje de una vitrina blindada, que permitiera a los feligreses ver al Papa, sin que éste se expusiera a ser objeto de un disparo que le segara su vida. La iniciativa convenció al Vaticano. Tres meses duró el trabajo de blindaje. Los nuevos vidrios dejaron de pesar las tradicionales veinte libras para llegar a los quinientos kilos. El costo del Papamóvil alcanzó la suma de cincuenta mil dólares.

Pero la seguridad tecnológica va más allá.

2.1. Videovigilancia

El Gran Hermano, acecha. Las premoniciones narradas por el escritor George Orwell en su libro 1984, son una reali-

11 Discovery Channel, Op. cit.

dad. Desde la frase 'alguien nos vigila' hasta el Ministerio de la Verdad, están en boga en algunos países latinoamericanos. Un día cualquiera, si miramos hacia el firmamento, nos podemos topar con tres cámaras de video que nos siguen, cinco helicópteros de la policía, un globo dirigible o con un satélite espía.

Esto no es ficción ni realismo mágico. Es seguridad tecnológica. Empecemos con la videovigilancia, esto es, con el sistema de cámaras de vigilancia local interconectadas a una central de cómputo encargada de reproducir las imágenes, sincronizarlas en un mapa digital, almacenarlas y procesarlas para que los analistas del lugar —empresas privadas o programas de policía comunitaria—, puedan tomar decisiones en seguridad y derechos humanos.

La videovigilancia nace en Inglaterra, país donde cursó sus estudios el escritor Orwell, y hoy está presente en las principales ciudades del mundo, pero en nuestras megalópolis sólo opera en Ciudad de México y Buenos Aires. Las cámaras de vigilancia otean el espacio público desde las esquinas de casas y edificios, cuelgan de grandes árboles o están instaladas en los postes de la red eléctrica. Este sistema tiene tres funciones: percepción de seguridad, prevención de delitos y análisis de poseventos.

La función de percepción de seguridad de la videovigilancia se maneja mediante señales públicas, que indican la presencia del sistema en lugares previamente escogidos, sobre todo en las áreas

comerciales o en los sitios donde los índices de criminalidad registran niveles preocupantes, para que los ciudadanos se sientan seguros y para que los criminales se abstengan de frecuentar la zona vigilada. La clave de esta función consiste en la ubicación estratégica de las cámaras: cada una de ellas es visible por la otra. Se vigilan entre sí.

La función de prevención de delitos se conoce con el nombre de reconocimiento facial o biometría. Las cámaras analizan los rasgos físicos de las personas, sobre todo el lente fija su atención en la parte central del rostro. La distancia entre los ojos, así como la estructura biofísica de triángulo que se forma entre la punta de la nariz y los dos senos oculares, es inmodificable. Una cirugía plástica en este lugar no alcanza a alterar ni el uno por ciento del modelo biológico.

Pero esta función demanda un trabajo armónico con la base de datos de la central de cómputo. La descripción biométrica del rostro de las personas que los servicios de policía e inteligencia buscan, tiene que estar previamente procesada en el sistema. En Londres, por ejemplo, los sospechosos entran a la base del sistema a partir de dos criterios estrictos insalvables.

Primero, los individuos por registrar deben tener antecedentes penales, de policía o de inteligencia; y el segundo criterio, deben vivir en el área local donde opera el sistema y ser sospechosos de estar activos en la delincuencia en las últimas doce semanas. Este requisito está soporta-

do en que la videovigilancia responde a un modelo descentralizado de seguridad.

Y la tercera y última función de la videovigilancia, es decir, el análisis posteventos o de reconstrucción de las escenas del crimen, es una herramienta destinada al servicio de las investigaciones penales. El sistema graba todas las imágenes, las cuales son archivadas en cintas analógicas y, llegado el caso, son utilizadas como evidencias en un proceso criminal. La reconstrucción de los eventos le permite a los investigadores individualizar a los autores del delito, determinar la metodología de trabajo, la distribución de roles y las rutas de escape que utilizaron.

Pero la videovigilancia requiere un soporte legal. Todo el funcionamiento del sistema debe contar con una ley especializada que establezca su forma de operación, los procesos y sus procedimientos, la manera en la cual se pueden instalar las cámaras y los puntos fijos de locación, y todo lo relacionado con la protección del derecho a la intimidad y el libre desarrollo de la personalidad.

2.2. Ojos en el cielo

Mil metros hacia las estrellas, las cámaras del sistema de videovigilancia son remplazadas por helicópteros y globos dirigibles. Y miles de kilómetros más arriba aparecen los satélites. Todos estos adelantos científicos, sin excepción, tienen una labor en la seguridad tecnológica. Es más, en muchos lugares del mundo funcionan

simultáneamente: el satélite ubica las coordenadas exactas del vehículo reportado como hurtado, tres minutos antes.

Diez minutos después, una flotilla de helicópteros llega al lugar para verificar la situación, comprobar el número de personas involucradas, cuyos rostros son grabados para que desde un remoto centro de cómputo los individualicen. Al cabo de cinco minutos, las autoridades conocen la identidad de los involucrados. En la megalópolis de América Latina esta cadena de información puede ser considerada como una rutina diaria.

En la megalópolis de Río de Janeiro, la alcaldía se asoció con un consorcio internacional para implementar un novedoso proyecto de seguridad denominado PAX RÍO. Las autoridades locales definen el proyecto como una arma contra el crimen, que consiste en la vigilancia de la ciudad desde un globo dirigible que sobrevuela siete días a la semana, dieciocho horas diarias a una altura aproximada de los mil metros, una zona de setenta kilómetros cuadrados.

El zeppelin cuenta con una cámara de video que le permite vigilar las zonas críticas de la ciudad con el objeto de prevenir la comisión de delitos, identificar a los criminales en medio de personas inocentes o para asegurar la captura de los delincuentes cuando estos emprenden la retirada, después de cometer sus fechorías. Las imágenes captadas son enviadas a un centro de monitoreo, desde el cual los analistas coordinan con las autoridades locales la implementación de medidas policivas.

En pocos meses, PAX RÍO ha arrojado resultados positivos en la lucha contra el crimen. Una de sus más sonadas victorias fue la captura del presunto narcotraficante Elías Maluco, solicitado por autoridades judiciales de todo el país. El globo dirigible logró identificar los lugares que utilizaba Maluco para esconderse, determinó el número de personas que lo protegían y facilitó la tarea a los uniformados en tierra para que lo detuvieran.

En la megalópolis de Sao Paulo, también las autoridades se sienten identificadas con los medios aéreos para luchar contra el crimen. Hace seis años funciona el programa de seguridad privada SIGMA, que es un sistema de vigilancia y monitoreo aéreo. El programa nace para proteger a los transportes bancarios de los múltiples asaltos que padecían en el trayecto que debían cumplir en la distribución de dinero. Luego, otras empresas de carga y mercancía se unen al programa.

SIGMA utiliza el Sistema de Posicionamiento Global, GPS, el cual se encarga de seguir desde el cielo, minuto a minuto, a los vehículos de transporte afiliados. GPS es un sistema de navegación soportado en una red de veinticuatro satélites del gobierno de EE.UU. Tan pronto como sale un convoy, SIGMA lo ubica desde la red y lo acompaña en todo el trayecto hasta su lugar de destino. En tierra, los monitores reportan en un mapa digital los movimientos de los vehículos.

Tan pronto como se perciba un cambio en la ruta previamente establecida o,

si se presenta una llamada de auxilio de los conductores, SIGMA cuenta con una flotilla de helicópteros que sale al rescate. A una altura de doscientos metros, consiguen captar lo que ocurre e identificar a los involucrados, imágenes que son enviadas a la base en tierra del programa para que sean procesadas. El resto de la historia la conocemos de sobra.

En la megalópolis de Ciudad de México, la empresa privada y el gobierno local están obsesionados con la idea de acabar con la delincuencia. Mediante un localizador de vehículos y personas, que se apoya en microchips y en satélites, darán el golpe de mano a los criminales. Para lograr este cometido, existen dos programas de seguridad: GEDAS y el Guardián Digital.

El programa GEDAS instala un localizador en los coches, que funciona como una microcomputadora. Es un pequeño aparato que porta un código de identificación con los datos relacionados con el modelo y el número de serie, chasis y seguro privado. El localizador está constantemente comunicado con la red de satélites GPS, sistema que se encarga de archivar todos los movimientos y las rutas utilizadas por el automóvil.

Los resultados del programa GEDAS son del noventa y nueve por ciento de efectividad en la recuperación de los carros hurtados, siempre y cuando el reporte les llegue dentro de las veinticuatro horas siguientes al atraco, tiempo estimado que se tardan los asaltantes para sacarlo de las fronteras de la zona territorial

que conforman México, EE.UU. y Canadá.

El segundo programa de Ciudad de México es el Guardián Digital. A diferencia del localizador que utiliza GEDAS, el del Guardián está destinado para las personas. Es un pequeño *beeper* que permite el rastreo satelital del portador con la ayuda del GPS y de la red de telefonía celular. Además, este aparato puede grabar los datos de identificación –personales, familiares y médicos– para facilitar las tareas de las autoridades en casos de emergencia. Los beneficios de este programa están al alcance de más personas, por los bajos costos de operación.

Pero hay más. En las megalópolis de Los Ángeles, New York y Ciudad de México los expertos en seguridad tecnológica han diseñado un microchip biológico que funciona como un sistema de identificación y localización personal, que puede ser implantado en el cuerpo humano, sin efectos secundarios. También se apoya en el GPS y a finales de este año se lanzará al mercado para que se comercialice en toda la zona del Tratado de Libre Comercio, TLC. Las empresas involucradas en el proyecto ya anunciaron su exorbitante precio: treinta mil dólares.

El microchip es un diminuto dispositivo del tamaño de un grano de arroz, que se implanta en el brazo de las personas. Después de dos días, las señales de la incisión desaparecen. El localizador biológico tiene cuatro componentes: Primero, un encapsulado especial que se adhiere a los músculos sin dolor; segundo, el mi-

crochip como tal, que lleva almacenada la información del portador; tercero, una antena que se comunica constantemente con el GPS y, por último, una ligera batería, con la suficiente energía para que funcione sin complicaciones.

El transmisor biológico promete ser el instrumento más importante para la lucha contra el secuestro.

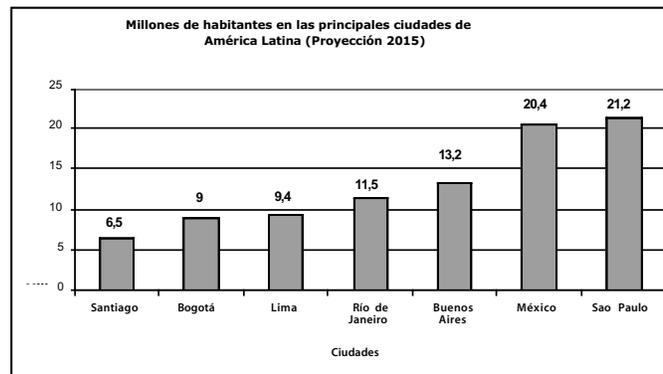
3. ¿MEGALÓPOLIS EN COLOMBIA?

Todavía no. Según la fuente que manejamos, tiempo después del año 2015 Bogotá puede llegar a tener una población superior a los diez millones de personas, requisito insalvable para ser megalópolis (Gráfico 3). Bueno, si miramos otras variables que se tienen en cuenta cuando se analiza una ciudad gigante, nos encontramos con que la capital de los colombianos reúne otras características.

Vida cosmopolita y multicultural, más o menos; servicios públicos domiciliarios, casi en un ciento por ciento; buena educación, claro que sí, sobre todo la universitaria; bloqueos de tránsito, por supuesto; contaminación ambiental, bastante violencia urbana: sí, mucha. Además, una megalópolis nunca duerme, y Bogotá queda apagada en un ochenta por ciento pasada la media noche.

Tenemos que prepararnos para cuando llegue el día en que Bogotá, o cualquier otra ciudad colombiana, sea una megalópolis. Las reformas no se pueden obviar. Y el tema de la seguridad es el que

Gráfico 3
Millones de habitantes en las principales ciudades de América Latina (2015)



Diseño Jairo Liberos¹²

menos espera. Si seguimos a la espera de la derrota de los ejércitos alzados en armas, prometida por el presidente Álvaro Uribe, nos cogerá la noche.

Quizá, podemos empezar con el tema de la descentralización de la seguridad, tal como ocurre en Ciudad de México, Sao Paulo, Buenos Aires y Río de Janeiro, las cuatro megalópolis que analizamos.

BIBLIOGRAFÍA

Borja, J. y Castells, M. (1997). *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid, Taurus; y www.discoverychannel.com.
 Zwingle, E. Ciudades, en National Geographic – En Español-, número 5, noviembre de 2002, Bogotá D.C.

Rotker, S. (2000). *Ciudadanías del miedo*, Caracas, Nueva Sociedad.

Carrión, F. (1997). *En busca de la ciudad perdida*, Quito, Codel.

www.lanic.utexas.edu/project/violence/: *Rising violence and the criminal justice response in Latin America*.

Riera, D. Piqueteros, en *Gatopardo*, núm. 31, diciembre de 2002, Bogotá D.C.

Mejía, F. “La masacre de la familia Narezo”, en *Gatopardo*, núm. 34, marzo de 2003, Bogotá D.C.

Discovery Channel –televisión por cable-, los documentales *Tecnometrópolis, Seguridad extrema y Equipos a toda prueba*, julio y agosto de 2003.

12. Zwingle. *Op. cit.*